
Editorial

La lucha electoral que se llevó a cabo este año y que culminó con las elecciones del 6 de julio, fue trascendente, y hasta podemos añadir, emocionante, porque marcó el final del letargo político que vivía el país.

Desde hacía ya muchos sexenios, tal vez desde 1940, la ciudadanía mostraba poco interés en el acontecer político, actitud provocada por la manipulación que se hacía de la voluntad popular y por la impotencia ante un aparato que no admitía cambios ni disenciones. Un aparato "perfecto" que, como los E.U.A., tenía un "destino manifiesto" y éste era regir sin interferencias, al país.

Todavía no es el momento de evaluar si la presión ciudadana logrará cambios en el sistema. Sólo podemos desear que sea así, pues es una fatalidad que lo que no crece y cambia, se anquilosa y al fin muere.

En este momento lo importante es señalar que los hombres y las mujeres de México han dejado a un lado la pasividad, el dejar hacer a los demás, el desaliento ante lo que consideraban inevitable y se han lanzado con entusiasmo a apoyar las ideas expuestas por el partido de su elección, que finalmente son sus propias ideas.

Es importante también que los ciudadanos parecen estar conscientes de que el camino del cambio es largo, difícil y laborioso y, sabiéndolo, no están dispuestos a "desinflarse" con los primeros contratiempos, que los habrá.

Los habrá sí, pero al fin, más temprano que tarde, tendrán que ser superados por la voluntad popular. *pm*